

renta vitalicia. Era hija de padres godos, conforme supo el historiador ó panegirista Vopisco de su propio abuelo, de raza noble y aun real, persona muy distinguida, y había sido casada con Bonoso por Aureliano, quizás en 278 cuando combatió á los canabaudas, «con el objeto de saber así todo lo que se tramaba entre los godos.» En una carta que este emperador escribió á su legado en Tracia, Galonio Avito, da á entender que había mandado alojar cerca de Perinto un número muy regular de mujeres godas distinguidas, probablemente rehenes, porque le encarga que no pague á cada una separadamente el socorro destinado á su manutención, sino que forme grupos compuestos cada uno de siete, especie de convivios, y satisfaga así el socorro por grupos. Es probable que la mujer de Bonoso se hallara en idéntica situación al casarla el emperador, porque encarga al legado susodicho: «Como hemos determinado casarla con Bonoso, sufragarás tú los gastos de la boda de los fondos del Estado, y de los mismos entregarás á la novia las siguientes sumas y ropas, porque debe ser dotada lo mismo que una matrona romana...»

Estos datos son muy interesantes, porque prueban que, como en tiempo de Tácito, se consideraban todavía las mujeres en la época de que tratamos como los mejores rehenes, y que eran cosa corriente los casamientos entre romanos y godas.

Domiciano había prohibido el cultivo de la vid en casi todos los países fuera de Italia; Probo lo autorizó en la Galia, Islas Británicas, España, Iliria y Mesia. El mismo estableció viñas en sus propiedades como en el Monte Aureo en la Mesia Alta y en el Alma cerca de Sirmio su ciudad natal; pero los soldados que en el imperio ejecutaban estos trabajos lo mismo que las obras públicas como calzadas, canales, puertos, plazas fuertes, etc., desacostumbrados ya del régimen de rígida disciplina, irritáronse contra el mismo cuyas victorias celebraban con entusiasmo y le mataron cerca de Sirmio en setiembre ú octubre del año 282, evidenciando así los progresos de la decadencia interior del imperio.

La muerte de Probo fué para los bárbaros la señal de nuevas invasiones en las comarcas romanas fronterizas. Su sucesor M. Aurelio Caro que reinó desde el verano del año 282 hasta el mes de diciembre del año siguiente, envió á su hijo mayor Carino con tropas selectas á defender el Rhin y la Galia. Allí, según el poeta Nemesiano, ganó varias batallas, y otras junto á las fuentes del río Saona, probablemente sobre los alamanos, como las del Rhin debían de ser sobre los francos. Entre tanto se aprestó el emperador á marchar acompañado de su hijo menor contra los persas en Asia, y al paso derrotó á los sármatas que alentados por la muerte de Probo amenazaban devastar no solamente la provincia ilírica, sino hasta la Tracia al Este y la misma Italia al Oeste. Estos sármatas serían probablemente yazigios, asociados con los cuados.

Restablecidos el orden y la tranquilidad en la Pannonia, marchó Caro á Oriente; pero murió en diciembre de 283 cerca de Ctesifonte asesinado ó por una exhalación eléctrica. Sucedióle su hijo Numeriano, del cual existe una moneda que celebra su victoria sobre los cuados que, como de antiguo, debieron de tomar parte en los latrocinios de los sármatas. Sus pérdidas las calcula un escritor de la época en 16,000 muertos y 20,000 prisioneros de ambos sexos. Murió asesinado al año siguiente y la misma suerte tuvo su hermano Carino en 285.

En 17 de setiembre de 284 fué proclamado emperador Cayo Valerio Diocleciano que reinó hasta el año 305. Diocleciano reformó toda la organización política del imperio, entre otros ramos la administración y consiguiente distribu-

ción de provincias; disposiciones que influyeron muchísimo en el modo de ser de las provincias rhinianas y danubianas.

El continuo levantamiento de pretendientes facciosos era una consecuencia casi inevitable de la excesiva extensión del imperio, que no podía defender desde un solo centro tan dilatadas fronteras, continuamente atacadas por bárbaros, cuyas masas se renovaban sin cesar. Un escritor panegirista de aquel tiempo expone ya la idea de que la misma inmensa balumba del imperio tendía á hacerlo bajar de su altura. Diocleciano debió de conocerlo, y no haciéndose ilusiones quiso adaptar el imperio á las circunstancias por medio de una nueva organización hecha á tiempo, que fué concluida después por Constantino. A este fin empezó por nombrar coemperador al perito general Maximiano, encargándole por de pronto al gobierno de las Galias, donde Maximiano sofocó una terrible sublevación de la población labriega, á la cual las mas crueles exacciones habían lanzado á la desesperación. Llamábase bagaudos, palabra celta de dudosa etimología (1). Hecho esto, tuvo que rechazar en muchas partes invasiones simultáneas, aunque no como dice su panegirista, «de todos los pueblos del mundo bárbaro.» Entre ellos citanse en una parte los borgoñones que atacaban del lado del Mein, y los alamanos en la cuenca superior del Rhin, á los cuales no combatió el César con las armas sino con la intriga, porque se presentaban en masas numerosísimas. Este giro modesto del panegirista prueba cuando menos que Maximiano no se sentía con suficientes fuerzas para hacer frente á los bárbaros en toda la extensión del Rhin á la vez. Dirigió sus fuerzas contra los chaibonas (léase jaibonas) que serían los aviones que menciona Tácito, y contra sus vecinos en las orillas del Báltico, los hérulos, que no habían seguido á sus compañeros en su emigración al Sur. Es evidente que estas tribus se echaron sobre la Galia por el lado del mar, penetrando en el país por las embocaduras del Rhin, porque en tiempo de Procopio continuaban todavía á orillas del Báltico. El panegirista de Maximiano dice que estos pueblos eran en cuanto á poderío los primeros y en cuanto á su situación geográfica los últimos de los bárbaros; pero si bien acierta en la segunda parte de su giro retórico, no sucede lo mismo con la primera, pues que su poderío era tan insignificante, que el César no juzgó necesario poner contra ellos en movimiento su ejército. Los atacó con pocas cohortes en batalla campal y los destruyó tan completamente que no quedó ni un solo hombre para llevar la noticia de su exterminio á su país. En el mismo tiempo había desaparecido también en ausencia del general el peligro de la invasión de los borgoñones y alamanos reunidos en la provincia del Alto Rhin donde fueron derrotados juntos, mediante alguna estratagema, pues que el autor presenta esta victoria como formando contraste con la batalla campal contra los chaibones y hérulos.

Contando estos con el botín que harían en territorio romano para su subsistencia, encontraron que se habían engañado, y que á pesar de ser rico el país, no había para tantos como ellos eran, pereciendo en su consecuencia gran número de hambre y de enfermedades, lo cual determinó á los que quedaban á volverse á su país.

Así quedó de nuevo un gran número de ellos aptos para la guerra, aun después de las grandes pérdidas que les habían causado los tres emperadores.

Por aquellos tiempos empiezan á citarse los sajones como osados piratas, que del mismo modo que los francos, saqueaban las costas belgas é inglesas. Tácito no los conoció: Tolo-

(1) Se la supone derivada de bagad, tropel en idioma celta. (N. del T.)

meo, el primero que habla de ellos, dice que eran vecinos de los caucos y ocupaban todos el país desde la orilla derecha del Elba hácia el Norte en el Quersoneso cimbérico, es decir, el Holstein, Schleswig, Jutlandia, las islas de Dinamarca y las de la embocadura del Elba llamadas por los romanos islas sajones. Una extensión tan grande da á entender que bajo el nombre de sajones se agrupaban desde antiguo muchísimas tribus distintas, como sucedía con el grupo frison, el de los turingios, llamado antes de los hermanduros, y los de formación mas reciente ó posterior, como francos, alamanos y bayuvaros.

Maximiano encargó la defensa y protección de las costas de Bélgica y de la Armórica, y luego también la de la isla bátava, á un celta hijo del pueblo, oriundo de una tribu de los menapios, llamado Caransio, marino muy práctico y que había prestado buenos servicios en la Batavia. Este arrebató repetidas veces á los piratas sajones y francos cuando regresaban á su país, el botín que llevaban; pero en lugar de restituirlo á los interesados ó entregarlo al emperador, se lo guardó constantemente para sí, de suerte que muy pronto se sospechó que en lugar de defender las costas á su cargo, dejaba que los piratas tomasen tierra y robasen y matasen á los infelices habitantes, para después saquear él á los piratas, que en último resultado no hacían mas que robar por él y para él. En 286/7, cansado el emperador de tanta felonía, expidió orden de prenderlo y matarlo, pero el muy astuto lo supo á tiempo, y con la escuadrilla que tenía á su cargo huyó á Inglaterra, donde se proclamó emperador y se sostuvo durante largo tiempo con grandísimo éxito. Excelente marino como era, construyó allí gran número de buques según el sistema romano, enseñó á los bárbaros las maniobras con tan buen resultado que el mismo panegirista de su contrario Maximiano, no puede menos de confesar que este con los buques romanos tripulados por tropas terrestres, nada podía contra la escuadra del rebelde. Es de presumir que los marinos aventureros de este fuesen principalmente francos y sajones, porque entonces y con mas razón en el año 289 ocuparon los francos algunas comarcas bátavas hasta que Constantino Cloro en el año 296 logró arrojarlos de allí.

En 287/288 derrotó Maximiano á varias tribus germánicas que extendían sus correrías hasta la importante plaza de Tréveris, donde el emperador había establecido su cuartel general. El 1.º de enero de 287 estaba celebrando su investidura de cónsul, cuando supo que por allí cerca pasaban nuevas tribus bárbaras. Interrumpió al momento la fiesta, marchó con sus fuerzas al encuentro de los germanos y los destruyó. Seguidamente pasó el Rhin, penetró en el interior y restableció en su gobierno á un rey germano llamado Genobaudo (el mismo nombre que el gótico Canabaudo) á quien su pueblo había depuesto y que se sometió con los suyos á Roma. El mismo autor del cual tomamos estos datos, el panegirista de Maximiano, Mamertino, habla en otro sitio de un rey franco que se presentó al general solicitando la paz, que sin duda era aquel Genobaudo. Simultáneamente con Maximiano, operó Diocleciano desde la Retia contra los germanos limítrofes.

Por estos hechos, en el fondo de ninguna importancia trascendental ni duradera, dispensa Mamertino á su héroe las lisonjas mas exageradas, que son una nueva prueba de la fatal carcoma interior, de la creciente decadencia del imperio.

La gran extensión dada á la frontera militar de la Germania Romana y de la Retia hasta las fuentes del Danubio, que menciona este autor, no tuvo gran significación ni duración; siendo consecuencia, según el mismo, de una súbita derrota del enemigo, efecto de una sorpresa de parte de los

romanos desde sus acostumbradas posiciones fronterizas. Sobre esto se expresa el adulador como si jamás hubiesen existido un Druso y un Germánico que hubiesen pasado el Rhin y el Weser y llegado hasta el Elba, ni un Probo que poquisimos años antes hubiera pasado el Rhin y el Nekar. Véase lo que dice: «Un nuevo inaudito milagro siguió al del estreno del año consular del héroe. ¡Qué cosa mas grande puede haber que tu paso á la Germania, con el cual mostraste, tú el primero entre todos los césares, que el imperio romano no conoce mas límites que el vuelo de tus armas! Antes parecía que la naturaleza había trazado el cauce del Rhin con la intención de separar la provincia romana de los pueblos bárbaros; y cualquier soberano anterior á ti se habría juzgado muy feliz si este río hubiese protegido la Galia! ¿No se llenaban antes todos de espanto cuando una sequía prolongada hacia bajar el nivel de las aguas de este río? ¿cuando no se aumentó el sentimiento de seguridad con el aumento del caudal? Lo mismo sucedía con el Rhin respecto de la Galia que con el Eufrates respecto de la opulenta Siria, hasta que los reinos persas se rindieron á Diocleciano que ha alcanzado todo esto, á imitación de Júpiter, con solo hacer un gesto paternal que hace temblar el mundo, y luego con la majestad de tu persona; porque tú, «imperator» invicto, has domeñado con la desolación, las batallas, las matanzas, el fuego y la sangre á aquellos pueblos indómitos y feroces. Desde entonces ya no tenemos cuidados y vivimos tranquilos... Que se seque ahora el Rhin y que su débil corriente apenas mueva los pequeños guijarros de su lecho vadeable; no hay ya temor, pues al otro lado del Rhin todo lo que veo es romano!»

Las tropas de Maximiano habían erigido en el interior del país de los bárbaros trofeos germánicos, para «conmemorar» las victorias conseguidas al otro lado del Rhin, las obtenidas sobre los chaibones y hérulos, la sujeción de los francos y el término puesto á las excursiones piráticas del modo que ya sabemos.

Con mucha razón se lamentan los historiadores de la falta de datos respecto de las traslaciones, ó mejor dicho los avances sucesivos de las tribus germánicas que posteriormente constituyeron el reino franco y los reinos y pueblos alemanes, es decir, los frisones, sajones, turingios, borgoñones, francos, yutungos, alamanos y bávaros (bayuvaros), mientras poseemos muchos mas datos respecto de las marchas de los pueblos godos. De la mayor parte de los pueblos que se aglomeraron en grandes agrupaciones históricas, solo podemos suponer con cierta verosimilitud dónde estaban antes de volverlos á encontrar en el siglo V formando parte de un nuevo grupo establecido definitivamente en una región bastante distante de su primer territorio respectivo. Pero cómo y cuándo se juntaron, aglomeraron y formaron colectividad; qué traslaciones, guerras interiores y pactos hubo hasta llegar á formarlas, son cosas de que casi nada absolutamente sabemos. Para seguir la marcha de estas transformaciones hay que aprovechar cuidadosamente los indicios mas insignificantes y los escasos datos que encontramos en los escritos de aquella época.

Uno de estos indicios vemos en el panegirista Mamertino, que llama á la antigua Tierra del Diezmo, Alemania, de lo cual resulta que esta colectividad ocupaba ya como tal las orillas del Rhin de un modo sedentario; que los alamanos estaban resueltos á defender este su país contra cualquier enemigo; que Roma envió una expedición contra ellos, castigándolos duramente, y asolando su territorio, poco antes provincia romana, y que finalmente tuvo que dejarlos en paz, contentándose con imponerles un tributo en productos agrícolas para la manutención de las tropas imperiales que

guarnecían los castillos establecidos en esta provincia y los que acaso se construyeron entonces en puntos mas avanzados, para proteger la calzada estratégica del Danubio al Rhin, sobre todo entre Ulm y Sigmaringen, sin contar los campos fortificados y plazas grandes como Regensburg que indudablemente se conservaron. A esto debe reducirse la frase del panegirista respecto del avance del cordon militar fortificado.

Hubo despues, segun el mismo autor, otra expedicion contra los alamanos, cuyo espíritu hostil á Roma no debió de haber cambiado por el escarmiento anterior ni por el tributo en cereales que se les habia impuesto; porque volvieron á ser destrozados cerca de Vindonisa, en las inmediaciones de la actual ciudad de Berna, donde años despues sus esqueletos cubrian todavía el campo de batalla. Sus huestes habiéndose adelantado luego hasta Langres, sorprendieron con un ataque impetuoso á los romanos, de tal manera, que á toda prisa se metieron los que pudieron dentro de la plaza, cerrando tras sí las puertas con tanta precipitacion, que muchos quedaron fuera, entre ellos el mismo César herido, que hubo de ser levantado con cuerdas á lo alto de las murallas para librarle de los bárbaros. Cinco horas despues llegaron refuerzos á los romanos y rechazaron á los alamanos con tanto éxito, que dejaron 60,000 muertos en el campo. Esta campaña debió de ocurrir en los años 297/8.

Pocos decenios despues (en 340) menciónanse ya alamanos y francos establecidos en la orilla izquierda del Rhin, no ya como tribus errantes, sino como cultivadores del suelo. Es decir que la raza germánica iba avanzando irresistiblemente hácia el Oeste como avanzó desde el siglo X tambien en direccion del Este, rechazando el elemento eslavo, no ya entonces á sangre y fuego, sino con una arma mas eficaz, el arado.

Mientras de este modo pugnaban los alamanos para penetrar en la Galia por el lado del Rhin en su curso medio y alto, hacian lo mismo los sajones y francos por el Norte, arribando en sus buques piratas á las costas de los Países Bajos, igualmente deseosos de penetrar y establecerse acaso en las opulentas y prósperas comarcas de la misma Galia.

Hay que suponer á los francos establecidos sedentariamente en la Batavia bastante tiempo antes de que les hiciera la guerra Constancio Cloro; cosa tanto mas natural, cuanto que los mismos bátavos primitivos debian ya de ser una rama del grupo franco; de modo que el cambio venia á reducirse simplemente á aflojar la dependencia de Roma, á dilatarse, ya á la fuerza, ya con el tácito consentimiento de los gobernantes imperiales, mas allá de sus fronteras primitivas y á unirse los habitantes con sus afines transrhinianos, como por ejemplo con los que iban con Carausio, dueño del canal de la Mancha y del Mar del Norte en su parte occidental. Todos juntos formaron así el grupo nuevo de los francos, reforzando su número con nuevas masas de gente y defendiendo sus territorios al rededor de su antiguo centro bátavo como su propiedad y patria definitiva. Por supuesto tuvieron que resistir ataques y sufrir derrotas con las consiguientes reducciones, expulsiones y sumisiones temporales á Roma, cuya fuerza sin embargo iba apurándose con el trascurso del tiempo, mientras se aumentaban en proporcion la independencia y el número de los germanos en el territorio de la Galia. Así el dominio efectivo y directo de Roma se fué reduciendo mas y mas, hasta quedar limitado al país entre Soissons y Paris, territorio que dos siglos despues fué á su vez ocupado definitivamente por los francos, quedando la Galia para siempre separada del imperio.

No estamos todavía en esta época; pero hemos anticipado

estas consideraciones porque vienen á presentar el resultado final de los sucesos que ocurrieron á fines del siglo III que ahora nos ocupan.

Los emperadores á consecuencia de sus victorias sobre los diferentes grupos germánicos fueron saludados por cuarta vez como *imperator* y adoptaron los sobrenombres de Fránico, Alamánico, Gótico y Germánico; prueba de que los romanos ignoraban que los francos y alamanos procedian de tribus y pueblos germánicos.

Como muestra de rastrera adulacion y exageracion, véase el siguiente trozo del panegirico de Mamertino: «La fortuna de vuestro reinado es tan grande, que los bárbaros se destrozaron entre sí, que entre sí quieren imitar vuestras campañas contra los sármatas, en la Retia y al otro lado del Rhin. Los dioses han trasladado á los bárbaros nuestra demencia de las guerras civiles. Desde la laguna Meótides (el Mar de Azof) hasta el Norte; allí donde el Danubio alza su espumante cabeza y donde el helado Elba atraviesa la Germania, en todas partes vierten su sangre en guerras y contiendas interiores aquellos pueblos bárbaros, que nunca lograron la dicha de ser romanizados. Ahora se castigan ellos mismos voluntariamente por su discolta ferocidad y terca barbarie.

«El pueblo ingobernable de los moros (en Africa) destroza sus propias entrañas; los godos exterminan á los borgoñones; toman parte por estos últimos los alamanos y los tervingos; y otro grupo de godos se arroja auxiliado de huestes taifalas sobre los vándalos y gépidos. Los borgoñones habian ocupado el territorio de los alamanos, pero estos volvieron á recuperarlo.»

No hay que decir cuán poca verdad histórica encierran estas frases laudatorias; basta tener presente que los borgoñones y godos estaban separados por grandes extensiones de territorios, bien que podian pasar partidas sueltas de los últimos hácia el Oeste en busca de aventuras y de botin, conforme ya indicamos al hablar de la emigracion de los vándalos, alanos, gépidos y visigodos hácia la Galia. Mas chocante es que el autor haga conquistar ó ocupar á los borgoñones el territorio de sus vengadores los alamanos.

Interesante es que llame acertadamente á los tervingos una rama goda; pero en cambio ignora que lo mismo sucedia con los taifales, de cuya guerra con los vándalos ningun indicio encontramos en otros autores, pero sí de guerras habidas entre vándalos y gépidos.

Luego pinta el citado autor las dificultades que encontraron los romanos en el país de Civilis, la Batavia, cubierta de inmensos pantanos, arenales, bosques, bajios y bancos de arena en los diferentes brazos del Rhin; pero finalmente lograron expulsar del país á los germanos que con sus familias y muebles cargados en carros se rindieron y fueron trasportados y establecidos en comarcas que acaso ellos mismos habian devastado antes y que á la sazón tenian que poner en cultivo para vivir.

«En todos los pórticos de las ciudades romanas se veian sentadas bandas de bárbaros prisioneros, los hombres, tan feroces antes, temblando de miedo, y despreciados por sus esposas ancianas ó jóvenes á causa de su cobardía; los jóvenes y niños de ambos sexos encadenados unos á otros se hablaban en su idioma al oido; y todos estos, ínterin llega la hora de que marchen á su destino, se distribuyen entre los habitantes para que los hagan trabajar.»

«Para mí, de consiguiente, continúa el autor, conducen el frison y el chamavo, el arado; el veloz y errante bárbaro trabaja por mí; cubierto de lodo por el trabajo del campo acude el labriego bárbaro á mis ferias á vender su ganado y fija el precio por los víveres que ofrece á la venta; y hasta

cuando se le llama al servicio forzoso de las armas, se presenta presuroso para dejarse matar á fuerza de fatigas, doblar la espalda para recibir azotes, y se juzga feliz cumpliendo en el ejército su servicio obligatorio.»

En aquella época consideraban los romanos como un gran beneficio que gran número de francos de la Batavia fuesen sacados de su país «en el confin del mar, adonde nunca llegaron los romanos» para ser establecidos en la Bélgica y en el Norte de Francia para cultivar distritos desiertos por cuenta de propietarios romanos. No sabian que con esto enseñaban á sus peores enemigos y herederos finales en el Occidente un nuevo lado por donde minar y atacar su poder en la Galia. Estas colonizaciones se habian hecho en el reinado de Maximiano con letos que sin duda eran francos, el pueblo pérfido y falaz como lo llamaban casi constantemente los romanos y que fueron derrotados en 288/289 en la costa por un general del emperador, y luego establecidos en la Bélgica de hoy, el país de los nervios entonces, y en los territorios de los treverios y nervios; Constancio Cloro colonizó tambien los distritos de Amiens, Beauvais, Troyes y Langres. A la ciudad de los eduos se trasladaron en particular muchos artesanos para restaurar y reedificar casas particulares, edificios públicos y templos, y como de esto nada entendian los germanos, es natural que estos prisioneros procediesen de las tropas de Carausio, entre las cuales habia muchísimos legionarios romanos y galos.

No tardaron estas colonizaciones germánicas en resultar funestas para la Galia, porque barbarizaron el país y sirvieron además de puestos avanzados para los germanos transrhinianos. Si por lo pronto el bárbaro araba y sembraba para el propietario romano, muy pronto debia hacerlo por su cuenta y en beneficio propio.

La creciente inseguridad de las fronteras determinó á Diocleciano á aumentar el número de regentes del imperio á fin de facilitar una defensa mas rápida y eficaz, y en su consecuencia dió á Maximiano el título de Augusto; adoptó por hijo á Galerio y Maximiano á Constancio; nombró al mismo Galerio y á Constancio Cloro céasares y casó á cada uno con una hija suya despues de hacerlos repudiar las mujeres que tenian. Galerio recibió la Tracia y la Iliria en calidad de vireinato y Constancio la Galia y España con la Mauritania tingitana en Africa. Al gobierno de la Galia iba unida la obligacion de hacer la guerra contra Carausio y sus aliados, á los cuales Constancio quitó la ciudad de Boulogne (*Bononia Gesoriacum*) despues de haber imposibilitado la aproximacion á la plaza á los buques enemigos por medio de diques y cordones. No pudiendo atacar al rebelde en Inglaterra por falta de suficiente número de embarcaciones, limpió, mientras se construian, la Batavia de las diferentes tribus franças que allí se habian establecido como aliadas y bajo la proteccion de Carausio, quizás en cambio de contingentes armados.

Vencidos los frisonos y francos, en la orilla izquierda del Rhin, pasó Constancio este rio para dirigirse contra los alamanos y pudo antes de empezar la lucha capturar (1) á un rey de un pueblo extraordinariamente feroz, cuando estaba preparando la ejecucion de sus planes. Logrado esto, devastó á fuego y sangre toda la «Alamania» desde el puente del Rhin hasta el paso del Danubio cerca de Guenzburg. El autor anónimo del cual sacamos estos datos escribió un panegirico de Constancio á quien acompañó con algun encargo oficial en esta y otras campañas. Lo interesante del trozo que precede y de otros, es que ya no hablan los escritores tanto de bátavos y alamanos, sino que nombran sus respecti-

(1) Captus scilicet.....

vos países por Batavia, Alamania, como en otros autores anteriores se encuentran mencionadas la Cherusquia y la Cauquia; indicio de que los respectivos pueblos se hallaban ya desde algun tiempo establecidos en los territorios que llevan su nombre, como el de los alamanos entre el Rhin y el Danubio. Con motivo de estas victorias adoptó Constancio el sobrenombre de Germánico que ya usó en el año 294.

Mientras ocurrían estos sucesos por el lado del Rhin, trabajaban Galerio y Diocleciano en la defensa de las fronteras de Levante construyendo campamentos fortificados en la llamada Sarmacia, país de los yazigios, enfrente de Acinco (hoy Ofen) y en Bononia, hoy Bonmoster, mas arriba de Semlin cerca de Neusatz. El haber adoptado Diocleciano el sobrenombre de Sarmático Máximo, y la leyenda de *Victoria Sarmática* en algunas monedas, prueban la importancia de las victorias que debió de alcanzar sobre aquellas tribus. Tambien obtuvo otras sobre los marcomanos, bastarnos, cuados y carpos, conforme resulta de las «colosales masas de prisioneros sármatas, bastarnos y carpos» que, segun Eutropio, fueron establecidos en algunas provincias romanas despobladas por varias causas. Ya vimos que Aureliano habia establecido en el imperio un número regular del último de estos pueblos, los cuales, en 295, fueron vencidos y trasladados completamente á la Panonia y Mesia probablemente con las obligaciones de costumbre, cesando así de existir como pueblo; aunque en tiempo del emperador Valente se cita todavía una aldea carpa á orillas del Danubio en el límite de la Panonia y la Mesia.

Los pueblos godos, mas numerosos, convinieron en entregar contingentes que Maximiano, ó sea Galerio, empleó contra los partos ó persas; y el mismo César alistó á su servicio en 313 á otro pueblo bárbaro cuyo nombre no se cita y que habia sido arrojado de su territorio por los godos. Esto da ocasion á Lactancio, que odiaba cordialmente á Galerio, para criticar á este porque formaba su guardia exclusivamente de bárbaros, rodeado de los cuales habia maltratado á los pueblos de Oriente. A estas acusaciones añade: «la admision de estos bárbaros causa la ruina de la humanidad, porque cambia en dueños de romanos á gente que debia ser esclava.» Fundadas eran estas quejas tempranas de la creciente influencia del elemento bárbaro en el imperio romano.

Hasta el año 196 no estuvo la escuadra dispuesta para emprender la reconquista de la Inglaterra, donde entretanto habia sido asesinado Carausio, reinando en su lugar un tal Alecto. Para cubrir en ausencia de Constancio la frontera de la Galia contra la invasion de los bárbaros acudió Maximiano al Rhin, donde segun su panegirista rechazó á los germanos sin ninguna tropa, ni infantería ni caballería, sino solo con su persona.

La escuadra bretona rebelde se hallaba envuelta en densa niebla cerca de la isla de Wight, y no vió la de Constancio que habia bajado por el Sena al Havre, atravesado el Canal desembarcado su tropa en la costa vecina. Allí derrotó á las legiones rebeldes y demás fuerzas compuestas en su mayor parte de francos. Una parte de estas fuerzas escapadas de la batalla habiase echado sobre Lóndres para saquear esta ciudad y ocultarse ó embarcarse despues con el botin; pero al propio tiempo se habia extraviado á causa de la niebla una columna romana y habia llegado por casualidad tambien á la misma ciudad, donde entró á tiempo para matar en las



Moneda de Plata de Diocleciano. La leyenda dice *Victoria Sarmatica*, y las letras debajo del castillo significan *Sacra* (que quiere decir *imperial*) *Moneta Nicomedica*. La *T* significa *Officina Tertía*.